



LA FIDELIDAD ES LA DEBILIDAD BIEN ACOMPAÑADA

La reflexión que he preparado tiene un título un poco especial y voy a comenzar por explicar de dónde viene ese título. Es una expresión que le escuché al Papa y que me impactó y la he referido muchas veces; la expresión es: «La fidelidad es la debilidad bien acompañada». Cuando escuché esta expresión al Papa, dije: detrás de esa expresión hay tela, como se dice, hay mar de fondo detrás de esa expresión. ¿La fidelidad, qué es la fidelidad? La fidelidad es la debilidad bien acompañada, y luego él entró un poco en la explicación.

Nosotros solemos pensar que el escenario de una persona fiel es alguien fuerte, es alguien que se siente muy seguro de sí mismo, un machote, alguien que se cree que va sobrado de fuerzas, como Superman. Y quien piensa que la fidelidad está sustentada en esa seguridad que uno tiene en sí mismo, va mal. Dice la Sagrada Escritura: «El que esté seguro, tenga cuidado, no caiga». Más bien dice el Papa: «La fidelidad es la debilidad bien acompañada». Es decir, yo reconozco mi debilidad y sé que para ser fiel necesito arrimarme a un buen árbol, que dice: «El que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija». Lo que hace la fidelidad es posible decir: «¿Dónde me arrimo? ¿Dónde me dejo ayudar?». Dejarse ayudar, dejarse acompañar es la clave de la fidelidad.

Yo puedo decir que lo mejor de mi vida es el haber estado bien acompañado. Para empezar, con una familia, y para seguir por el Señor, me puso en la adolescencia un pequeño grupo de jóvenes de San Sebastián con un sacerdote que ya falleció, que es un regalo de Dios, se llamaba Don Pachí Armanet. Y a su cobijo, en medio de la debilidad que sentía uno en un ambiente secularizado que se alejaba de Dios, Dios nos permitió la fidelidad. Y luego para mí fue importantísimo en la experiencia del seminario; estuve en Toledo en el seminario unos años y con aquellos compañeros que eran mucho más maduros que tú, poderte acompañar de aquel ambiente, eso fue determinante. ¿Qué es la fidelidad?: la debilidad bien acompañada. Entonces quiero reflexionar sobre esto, me parece que es importante esta reflexión en nuestra vida espiritual.

Y ¿por dónde voy a partir? Voy a partir por la cuestión de fondo. Porque es un error muy grande eso de tener una falsa seguridad en sí mismo. La exhortación apostólica que tenemos un poco olvidada, que escribió el Papa, que para mí es de lo más precioso que ha escrito, en *Gaudete et exsultate* él escribió una exhortación apostólica sobre la santidad, si recordáis. Y en el capítulo segundo hablaba de que había dos enemigos sutiles de la santidad, que eran unas viejas herejías que existieron desde los primeros siglos en la historia de la Iglesia, pero que se vuelven a hacer presentes de una manera quizás parecen distintas, pero el fondo estamos en lo mismo. Porque os voy a decir una cosa: hoy en día es muy difícil ser original, incluso para hacer herejías; después de

2000 años, las herejías se vuelven a reeditar con un ropaje que parece distinto, pero estamos en lo de siempre. Entonces él dijo cuáles son esas dos herejías, esos dos errores sutiles que nos impiden la fidelidad, la santidad; él dijo: el gnosticismo y el pelagianismo.

Voy a hablar del segundo, todo no se puede en una charla, voy a hablar del segundo, del pelagianismo. ¿Qué es eso del pelagianismo?, pues tiene un contexto histórico, y el contexto histórico es el siguiente: los cristianos estuvieron perseguidos en los tres primeros siglos. Cuando el Imperio Romano perseguía a los cristianos, y en aquel ambiente de persecución, el acicate para la fidelidad y para la santidad era tremendo. Yo recuerdo cuando fui jovencito haber leído una obra de Orígenes que él escribió para los que se bautizaban, y el título es —la aconsejo—: «Exhortación al martirio». O sea, prepárate porque van a venir a por ti. Y claro, cuando uno vive con esa tensión de que en cualquier momento me tiran a los leones, buscas estar preparado, tienes una preparación, desde luego, es muy difícil ser un tibio, es difícil en esta situación. Lo lógico es que ese ambiente martirial que te rodea, te mantenga muy unido al Señor. O apóstatas, o te mantienes en la fidelidad, y así se vivió los tres primeros siglos.

Pero ocurrió que cuando se produjo la conversión de Constantino y el imperio se hizo cristiano, entonces las masas se bautizaron, hubo bautismos en masa. Entonces dijo: «Bueno, se acabó las persecuciones». Y claro, qué bien, qué estupendo, pero claro, eso tenía su peligro. Bautismos en masa tenían un peligro de tener una vivencia sociológica pero no mantener una verdadera atención hacia la fe, hacia la santidad y hacia la fidelidad, el seguimiento de Jesucristo. Y con esa pérdida de atención hacia la santidad comenzó la mundanización. Muchos cristianos vivían mundanamente, vivían en la mediocridad, cosa que antes era imposible, pero vivían mundanamente.

Entonces, en ese momento surge una reacción, surge el monacato, que es los que salen de la ciudad y se van al desierto, y en el desierto buscan una forma de seguir a Jesús más fiel, más auténtica, más exigente. Antes no era necesario eso porque ya se vivía el martirio, pero ese monacato surge especialmente después de que las persecuciones han concluido. Y en ese contexto surge un personaje, de origen británico, que se llamaba Pelagio, que vivió del 354 al 427, Pelagio era un tiarrón, según me describen, alguien muy fuerte, alguien lleno de energía, que predicaba contra la relajación de las costumbres, contra la mundialización. En principio, qué bueno, qué bien, que alguien predique en contra del cristianismo relajado, mundanizado, descafeinado, nos parece estupendo, pero es curioso cómo el diablo intenta en toda circunstancia salirse con la suya.

Pelagio comenzó a hacerlo de una manera en la que, exhortando, llamando la atención frente a los que se estaban mundanizando a la relajación de costumbres, él insistía, sobre todo, en que sois unos flojos. Lo que tenemos que ser es más fuertes de voluntad. Estáis ahí pidiéndole a Dios: «Señor, ayúdame», pero «¿cómo Señor, ayúdame?» Hazlo tú, no seas tan vago, que encima le pides a Dios que te ayude; haz el favor de ser tú el que se sacrifique, el que lleve una vida más sacrificada. Insiste en poner el acento en que lo que tenemos que hacer es esforzarnos nosotros, y ¿qué es eso de estar ahí rezando y pidiéndole a Dios que te ayude? Hazlo tú, no seas vago. Y eso va derivando hacia un moralismo y hacia un optimismo, como si yo con mis fuerzas soy capaz de hacerlo todo, como si querer es poder. ¿Por qué le dices a Dios que te ayude?, querer es poder, ¡quiere!, ¡se santo!

A ver, la cosa tiene su capacidad de engañarnos. No eres suficientemente generoso, querer es poder. No es verdad. Pelagio se estaba dejando engañar. En ese querer, en ese pretender exhortar a la gente que fuese más santa, estaba poniendo su acento en una falsa concepción demasiado optimista de la condición humana, porque lo cierto es que eso de querer es poder no es así. Estamos heridos interiormente, estamos heridos, y dice San Pablo, si recordáis ese texto: «¡Ay de mí!, porque muchas veces tomo una decisión y luego no soy capaz de llevarla a efecto, o digo esto no lo haré nunca más y me veo de nuevo haciéndolo otra vez». Qué contradicción tengo dentro de mí, él sabe que tiene una herida interior y que no es verdad que tengamos la capacidad de dominar plenamente nuestra voluntad.

Entonces ese engaño, esa doctrina de Pelagio, de predicar de esa manera, comenzó a llamarse pelagianismo, y al principio engañó a muchos obispos, incluso un Papa, el Papa Zósimo al principio le dio la razón. Pero enseguida se dio cuenta que no se podía seguir esa doctrina, que era la doctrina que confiaba desmedidamente en las capacidades humanas, y entonces es cuando surge sobre todo una figura... ¿sabéis quién fue el gran campeón frente al pelagianismo? Pues tengo mucho gusto decirlo en esta parroquia, el gran campeón fue San Agustín. San Agustín fue el personaje determinante para luchar contra Pelagio. Él le dijo: «Tú, Pelagio, piensas que los hombres pueden cumplir los mandamientos de Dios sin la gracia de Dios, y más importante que los mandamientos son la gracia de Dios para poder cumplir los mandamientos». Y olvidas Pelagio, que un cristiano es un mendigo de la misericordia de Dios, y además también Pelagio, otra cosa que dijo: «¿Para qué vamos a bautizar a los niños?, ¿qué necesidad tiene un niño de bautizarse? Cuando sea mayor ya decidirá él». Te olvidas de que existe un pecado original, y el pecado original nos ha herido y necesitamos desde el primer momento de nuestra vida la existencia de la gracia de Dios.

Y entonces San Agustín le dijo: «No, a los niños hay que bautizarles porque existe el pecado original». Y entonces le dice una frase inolvidable: **«Tú, Pelagio, has reducido la gracia de Jesús al ejemplo de una vida, olvidando que lo mejor de Jesús no es el ejemplo que él nos dio, sino el don de su vida para poder seguir su ejemplo»**. Menuda cosa le dijo. Es que Jesús, qué es un buen ejemplo, claro que es un buen ejemplo, pero lo mejor de Jesús es el don de su vida, que me permite con el don de su vida intentar seguir su ejemplo. O sea, la muerte y resurrección de Jesús es la que me da vida para poder seguir el ejemplo de Jesús. «Tú, Pelagio, has reducido la gracia de Jesús al buen ejemplo de su vida, olvidando que lo mejor es el don de su muerte y resurrección, que son los que nos redime, que nos capacitan para poder ser santos».

Decía nuestro Papa emérito Benedicto XVI, que el pelagianismo es como una herejía permanente que con el paso de los siglos se suele reformular de muchas maneras. Es verdad que Pelagio era alguien que, con esa especie de falsa confianza en sus obras, hacían muchas obras de penitencia, etcétera. Hoy en día los nuevos pelagianos no hacen muchas obras de penitencia; digamos que el pelagianismo de hoy en día se suele caracterizar por otras características, como por ejemplo no hablar nunca del pecado original. De eso se habla muy poquito, del pecado original y de las heridas que ha dejado en nosotros, de la necesidad que tenemos de la gracia, sí, no somos nada sin la gracia de Dios. El pecado nos ha herido, sin la gracia de Cristo esa herida nos desequilibra. Existe hoy en día la tendencia a presentar el cristianismo como un moralismo, como una ética. ¿Qué es ser cristiano? Mucha gente te dice, una vez estaba

haciendo una visita pastoral en una parroquia y preguntó a los niños de la catequesis, ¿Qué es ser cristiano? Y dice uno, “compartir”, bueno, está bien, y otro dijo, “reciclar”, ¡madre mía! A ver, es que tenemos el peligro de reducir el cristianismo a un moralismo, como una ética, el cristianismo, sin hacer referencia al credo, a los dogmas de fe, a la doctrina espiritual, a la eucaristía, ¡cuidado con reducir el cristianismo a un moralismo!

Hoy en día hay muchos padres que recurren a la Iglesia Católica por moralismo. Por ejemplo, envían a sus hijos a un colegio católico pues porque bueno, a ver si allí le enseñan una educación frente al desmadre que hay en la calle, una educación que por lo menos le preserve en ciertas formas de divertirse, etcétera, como utilizando la educación católica como intentando que sea una pequeña campana de cristal en la que le preserven de un ambiente desmadrado. Pero si te invitan a un retiro, no sé qué, no vayas a ir, allí te van a comer el coco; «a mí me interesa esa educación para preservarte de males mayores, pero que no te coman el coco, hijo». A veces recurrimos al cristianismo como un moralismo, olvidando que lo principal es el don de Jesucristo, el don de Jesús. O sea, que existen nuevos pelagianismos en nuestro tiempo.

Por ejemplo, también el hecho de que a veces celebremos la liturgia, en vez de respetando una liturgia, sus oraciones, la confesión que hacemos a Dios desde las fórmulas litúrgicas tomadas de la Sagrada Escritura, inventándonos una nueva liturgia hecha a nuestra forma, a nuestra medida, pretendiendo, diciendo: «voy a hacer yo una forma de rezar, una nueva liturgia que sea más atrayente que la de la propia tradición de la Iglesia», pensando de que tú lo vas a hacer mejor, teniendo el atrevimiento de corregir a la propia Sagrada Escritura. **Hay nuevas formas de pelagianismo**, pero existe un riesgo, el pelagianismo que se suele traducir en la vida espiritual en un voluntarismo, **que es pensar que la iniciativa de la vida espiritual está en mí, que es el hombre el que tiene la iniciativa para acercarse a Dios.**

Pero lo cierto es que, cuando tú dices: «Me acercaré a Dios», primero es porque Dios ha venido a ti; nadie da un primer paso para acercarse a Dios si primero Dios no le ha dado la gracia para poder moverse. Dice el evangelio de San Juan: «Nadie va al Padre nadie puede ir al Padre si el Padre no lo atrae». Somos atraídos por Dios. Cuando tú te piensas que vas, Dios ya está volviendo. La iniciativa siempre es iniciativa de Dios. Entonces el voluntarismo, eso que os he dicho antes, la vida espiritual es cuestión de generosidad solamente, el único problema que tenemos en esta vida es la pereza, si tuviésemos una voluntad más fuerte, seríamos santos. Yo sé que alguno me diría, pues a mí un poquito sí que me parece, porque me veo débil, me veo perezoso, sí, pero no caigamos en ese espejismo, porque lo cierto es que, no únicamente necesitamos fuerza de voluntad, sino necesitamos más fe. A veces achacamos a la falta de fuerza de voluntad lo que en el fondo es falta de fe, porque para otras cosas ya tienes voluntad; es que tengo una voluntad muy floja, sí, pero cuando se trata de que llega el verano y hay que ponerse no sé qué ropa y entonces vas al gimnasio, para eso ya tienes fuerza de voluntad. Y cuando se trata de lo otro, ¡ah, bueno! Entonces el problema no se trata de falta de voluntad, es falta de fe. No achacamos a la falta de fe, falta de fuerza de voluntad, lo que en realidad es falta de fe. Jesús dice: «Si tuvieseis fe como un granito de mostaza, seríais capaces de mover esa montaña y mover tu voluntad».

Bueno, por lo tanto, el error del voluntarismo es pensar que yo tengo la capacidad o yo tengo la iniciativa, tengo que ser yo el que mueva mi vida para llegar a Dios, y entonces uno no reza, no ora, no se pone como un mendigo, delante de Dios. Hoy hemos

escuchado el evangelio del ciego de Jericó, que le dice a Jesús: «Hijo de David, ten compasión de mí». Claro, él sabe que está ciego y pide. El que se cree que ve, no pide; el que se cree que tiene fuerzas, como decía San Agustín: «No le pidas a Dios, no seas vago, hazlo tú», darnos la cuenta que necesitamos la gracia de Dios. En definitiva, la falsa seguridad en nosotros mismos es un cáncer en la vida espiritual. Santa Margarita María de Alacoque, la famosa santa a la que se le mostró el Corazón de Jesús, tiene ya una oración que dice: **«Oh Corazón de amor, yo pongo toda mi confianza en vos, pues todo lo temo de mi malicia y mi debilidad, pero todo lo espero de tu bondad»**. Todo lo temo de mí, pero todo lo espero de ti.

Entonces, yo creo que ¿cómo llevamos adelante nuestra un plan de vida espiritual? **Primero, convertirnos en mendigos de la gracia de Dios.** Mendigar la gracia de Dios, «Señor dame tu gracia». Cuando pedimos a Dios: «Dame tu gracia», no es dame una energía. Hoy en día se habla de energía, pedir a Dios: «Dame tu gracia», no es una energía, la gracia no es algo que Dios te da, sino es él mismo que te acompaña; no es algo, es alguien. Luego decirle: «Señor, también tu gracia», es como los discípulos de Emaús, decir: «Señor, quédate conmigo porque atardece y el día va de caída», es lo mismo. Por tanto, dame, Señor, tu gracia. Cuando pedimos la gracia de Dios, no es porque yo esté diciendo con esto que nosotros no tenemos que colaborar con ella y que tenemos que tener una actitud meramente pasiva, no es así. También existió una herejía llamada el quietismo, pasa que tuvo mucha menos trascendencia, y el quietismo decía que hay que estar ahí en modo zen, quieto, parado, esperando que Dios te dé su gracia, eso no es así. Hay por ahí un dicho que dice: «Cuando Dios da su gracia, el hombre suda», y dice que Dios te pone todas tus capacidades, tu colaboras con esa gracia de Dios, colaboras con ella y el esfuerzo humano se pone totalmente en marcha, pero sabiendo que Dios mueve también, mueve mi querer y mi poder. Yo colaboro y respondo, hacernos mendigos de la gracia.

Segundo, buscar las mediaciones de esa gracia. Dios nos da su gracia a través de mediaciones; por eso dice, que la fidelidad es la debilidad bien acompañada. A ver, ¿dónde busco quién me acompañe? ¿Cómo lo hago? Es muy importante eso, ¿dónde busco un buen maestro? Por cierto, y en San Alberto Magno, que fue un maestro de Santo Tomás de Aquino, ni más ni menos. Santo Tomás de Aquino que es maestro de tantos otros; o sea, todo el mundo tiene un maestro. ¿Dónde está tu maestro? ¿A dónde me acerco yo? El que se tiene a sí mismo por maestro, tiene a un tonto por discípulo. Es que hay que tener conciencia de voy a ir buscando y encontrando a las personas que Dios ha puesto alrededor de mi vida. ¿A quién me ha enviado Dios como maestro espiritual en mi vida? Y hay que estar atento, a ver: «Esta es una persona de la que el Señor me quiere dar mucho aquí, allá, ¿De qué fuentes bebo? ¿Quién tira de mí para arriba?». Eso es muy importante, ¿quién tira de mí para arriba? Una cosa que yo descubrí en el seminario es que siempre es posible juntarte a un ambiente u otro porque en todos los sitios, hasta en un seminario, siempre hay ambientes que viven un estímulo mutuo de vivir con más santidad, y otros que viven más relajadamente. Entonces, yo ¿dónde me junto? ¿A un ambiente el que me siento más cómodo y no tiran de mí, o en vez de buscar el sitio al que voy a estar más cómodo, busco el lugar en el que tiran de mí para arriba? Eso es muy importante.

Yo recuerdo que, en el seminario, Dios me dio ese don de decir, oye júntate con estos, sabíamos que decían: «Oye, interrumpimos el sueño en la noche a las dos de la mañana para hacer media hora de oración». Y claro, te juntabas con esos y claro que la

cosa era muy distinta que los que decían: «Oye, nos vamos después y nos escapamos y vamos a tomar alguna cosa». Es un poco distinto. Y lógicamente ahí se juega nuestra vida: yo me junto con el que me justifica y con el que... «los hay peores que yo». Con esa expresión de que los hay peores que yo, te lo justificas todo, vas bajando el listón, vas bajando el listón y vas bajando el listón. Ahora, si busco el árbol que me dé buena sombra, pero tirándome para arriba, obviamente eso va a ser determinante.

Quiero hablar en este sentido de las mediaciones de la dimensión espiritual. Hay una frase de San Josemaría que dice: «No se te ocurriría construir una buena casa para vivir en la tierra sin consultarle a un arquitecto». A nadie se le ocurriría “voy hacer una casa” y sin arquitecto, allá que voy, como quieres levantar sin un director el alcázar de tu santificación para vivir eternamente al cielo. Entonces creo que debemos decir tener como desiderátum en nuestra vida poder tener un director espiritual, un acompañante espiritual. Algunos dirán: «Oiga ¿Eso cómo se consigue?, porque esa perla, ese mirlo blanco ¿dónde está?». Quizás algunos piensan que para poder tener un acompañante espiritual hay que buscar a la persona perfecta, que no, que eso no es así. Más importante de que el acompañante espiritual sea una persona como San Alberto Magno, a ver, no tiene que ser San Alberto Magno, lo más importante es la purificación tuya de por qué buscas un acompañante espiritual, que no busques alguien que te halague, que no busques alguien que te auto justifique, que busques alguien que te ayude a crecer; eso es lo más importante, que te ayude a crecer.

Incluso, por ejemplo, un acompañante espiritual puede ser tu confesor; cuando alguien se confiesa con la misma persona o procura confesarse con la misma persona con una cierta asiduidad. Ese confesor fácilmente se convierte en acompañante espiritual porque te va conociendo y te puede dar algunas claves, unas palabras. También es cierto que un acompañante espiritual no necesariamente tiene que ser sacerdote, puede ser religioso o incluso un laico. San Juan Pablo II tuvo un acompañante que era un laico, creo que era un zapatero, un hombre enamorado de Dios que fue el que le introdujo a leer San Juan de la Cruz; aquel hombre le introdujo a aquel joven, Karol Wojtyła, le ayudó a que aprendiese español, para leer a San Juan de la Cruz. Menudo zapatero era aquel polaco, casi nada. O sea, existen personas que nos pueden ayudar. Cuando decimos un director espiritual no estamos diciendo que tú tengas hacia esa razón una obediencia, no; hacia el director espiritual no se tiene obediencia, él no toma las decisiones en vez tuyo, no, tú tendrás que tomar las decisiones, pero es verdad que el contrastar, el purificar las motivaciones desde las que yo tomo las decisiones es muy importante. Entonces es uno de los puntos claves para cumplir esa palabra de que es la fidelidad: la fidelidad es la debilidad bien acompañada. No podía yo tener un acompañante espiritual con el que abordase pues a veces problemas acuciantes que tengo, pero otras veces, pues ¿cómo es mi vida de oración?, ¿cómo es mi vida de trabajo?, si se santificar el trabajo, ¿cómo doy testimonio de mi fe delante de los demás? Hay tantas cosas de las que hablar, en un buen acompañamiento espiritual, hay tantas cosas de las que se puede hablar.

Más consejos para que pongamos por efecto de ¿cómo me arrimo a un buen árbol? Creo que otra forma de arrimarme a quién me puede acompañar, ¿sabes cuál es? **Arrimarse a los santos.** Yo creo que es el que alguien sea amigo de los santos, el que nos aficionemos a leer vidas de santos, a conocerles, a que yo tenga mis santos favoritos. Por ejemplo, San Agustín, que es un auténtico crack, en el sentido de ser un hombre lleno de intuiciones. Pues eso es tan importante, que uno se arrime a la luz de

los santos, porque es que, además, si no se arrima a la luz de los santos, lo que va a tener son falsos ídolos. Es tan distinto admirar a Francisco Javier, que tener el cantante o no se quien, por ídolo, es que, ¡madre mía!, menuda diferencia. Ser amigo de los santos, que tienen una lógica divina, hicieron cosas en sus vidas que nos parecen increíbles, qué atrevimiento tuvieron, qué valentía.

También creo que es muy importante saberse arrimar a una comunidad de referencia. Quienes estáis en Emaús, obviamente sabéis lo que eso, de cómo cuando uno tiene una comunidad de referencia se siente acompañado. La Iglesia tiene carismas, y en ese carisma yo siento que la parroquia, es como una comunidad de comunidades. Y uno tiene que tener su lugar en el que va, descansa, abre su corazón; incluso eso no quiere decir que las personas que conformen ese grupo sean perfectas, habrá muchos que tengan muchos defectos. Pero mira, hasta los defectos de los demás forman parte del escenario que Dios ha querido para que tú te santifiques, aquí santifica todo, hasta los defectos de los demás, sabiendo lo sabré llevar, porque tu no estas rodeado de ángeles, hasta los defectos de los demás forman parte del escenario en tu santificación. Es muy importante caminar juntos. Alguien dijo: «Si quieres caminar deprisa, vete solo, pero si quieres llegar, vete acompañado». Porque es distinto correr o llegar; si quieres llegar, vete acompañado, parecerá que corres menos, pero es determinante ir acompañado.

También otro consejo que me atrevo a dar para esa debilidad bien acompañada: **la formación permanente**, la importancia de la sana doctrina, de formarnos bien, de alimentarnos. Sobre todo creo que hay una joya que es el Catecismo de la Iglesia Católica, el mayor regalo que nos dio San Juan Pablo II cuando el año 1992 dio a luz ese catecismo. Nunca la Iglesia había tenido su historia, en los 2000 años, un catecismo tan desarrollado. Se llama un catecismo mayor, un catecismo mayor que se le suele entregar a los obispos para que ellos desde el catecismo mayor, elaboren catecismos menores. Pero hoy en día, como también el nivel medio de la cultura pues ha subido mucho, pues muy probablemente ese catecismo mayor que un obispo lo recibe no hace falta que él, al menos para muchas personas, esté rebajándolo y entregue un catecismo menor. Mirad, coged vosotros mismos el catecismo mayor, tenemos la suficiente cultura para poder acceder directamente a las fuentes, y eso hoy en día es posible. Yo se de muchos obispos que suelen decir: «A ver, yo ordeno sacerdote a alguien que conozca bien el catecismo mayor de la Iglesia Católica y sea piadoso, si tiene una oración profunda y conoce en profundidad, venga, lo ordeno sacerdote», porque en el fondo hay ahí un contenido muy potente. Por lo tanto, yo os diría la importancia de recurrir a las fuentes, al Catecismo de la Iglesia Católica, en el cual también uno se familiariza con la Sagrada Escritura. El catecismo está lleno de todos los versículos y todos los libros de la Sagrada Escritura; creo que puede ser una puerta para leer la Escritura o directamente, por supuesto, acceder a la Escritura a través de la liturgia. Creo que a través de la liturgia diaria es también una forma pues inmejorable de cómo leer la Escritura, dejándonos acompañar por la Iglesia que nos propone diariamente unos textos bíblicos, beberlos, familiarizarnos con ellos, estudiarlos es tan importante. Y lo mismo en lo que se refiere a la doctrina social: necesitamos empaparnos de la doctrina social de la Iglesia, para que nosotros, no sean las ideologías las que determinen los posicionamientos que tomamos ante los problemas del mundo. No, las ideologías no, lo que nos tiene que formar nuestro criterio de nuestro juicio a la hora de valorar qué pasa en este mundo, es la doctrina social de la Iglesia, que brota de las Sagradas Escrituras.

¿Qué es la fidelidad? La fidelidad es la debilidad bien acompañada. Y ahora voy a concluir diciendo algo que igual os va a sorprender: cuando uno se deja acompañar porque se sabe débil, el Señor te empieza a pedir que le acompañes a otros, que no sólo seas oveja bien acompañada, sino que seas pastor, ¿pastor yo? La primera condición para ser un buen pastor, es ser una buena oveja, échate a temblar si un director espiritual, él no tiene dirección espiritual, ¡madre mía!, échate a temblar. Si uno dice: “yo me dedico a la dirección espiritual con la gente”, y tú ¿con quién te diriges? “No, yo directamente con Dios”, no, échate a temblar, porque la primera condición para poder acompañar, es ser acompañado. Pero cuando eres acompañado, Dios te dice: «Ayuda a los demás». Hay una homilía inolvidable de Benedicto XVI que pronunció en el inicio de su pontificado, en el que él dice: el buen pastor se hizo cordero, y a sus ovejas les pidió que fuesen pastores. Eligió pastores entre sus ovejas. Y esta es la realidad, que, en medio de nuestra debilidad, Dios nos pide acompañar a los demás. ¿Pero cómo?, pero yo primero necesito tenerlo todo claro, cuando haya terminado el catecismo, el último punto, empezaré ya a acompañar a los demás, no, eso no funciona así.

Primero, porque vuelvo a citar a San Agustín en esta parroquia, no sé si sabéis que hay un refrán español muy gracioso —el refranero español es precioso— y hay un refrán español que dice: «No hay buen cocido sin tocino, ni sermón sin agustino», ¿a qué se refiere? A que, un sermón tiene que meter alguna cita de San Agustín, un cocido tiene que tener un poco de tocino, sino que es eso. Entonces dice: «No hay buen cocido sin tocino, ni sermón sin agustino», dice el refrán español. Pues hablando de agustinos, hay una expresión de San Agustín potente, donde las haya, que creo que es luminosa para esto que estoy diciendo: ¿cómo es posible que Dios me pida a mí, que yo, que necesito ser acompañado, yo también ayude a otras personas, les acompañe, dice él, «Dios no llama a los capacitados, sino que capacita a los que llama». Esa es una sentencia de San Agustín inolvidable, que os la voy a repetir: «Dios no llama a los capacitados, sino que capacita a los que llama». ¿Estas tu esperando a estar capacitado?, No, no, tú escúchale a Jesús, síguele, síguele, y en la medida en que le estás siguiendo, él te va capacitando y te sientes pequeño y te sientes débil y él te pone, él te dice: “no estés pensando en lo que diré; es que yo te pondré palabras para que respondas en cada momento”, y es así, es así, somos muchos los que somos testigos de esta palabra. Yo mismo, pienso en mi vida, digo, es que exactamente es así. Dios no llama a los capacitados, sino que capacita a los que llama, y te empuja y te tira al agua y no sabes nadar y ahí que tienes que chapotear, y chapoteando pues tragas agua, pero también ahí te estás, no sé, empiezas aprender, lo que tú no pensabas que tenías capacidad de hacer.

Y luego tenemos que confiar en esto: que en nuestra debilidad Dios quiere que seamos instrumentos suyos para los demás, sin esperar a estar absolutamente seguros de nosotros mismos, porque eso no va a llegar. Hay otro texto que está en una de las cartas de San Pablo en las que él habla de que él le pidió a Dios, que tenía una espina clavada en su carne. No explica qué espina era esa, no nos satisface la curiosidad, pero debía tener algo que le hacía sufrir la vida: «Tenía una espina clavada en mi carne y por tres veces le pedí a Dios: "Señor, quítame esta espina", y por tres veces Dios me dijo: "Te basta mi gracia, tira adelante con la espina"». Y a veces puede ocurrir que nosotros nos veamos como con defectos que no terminamos de superar, con defectos que nos mortifican: «Me gustaría no tener este orgullo, no tener estos enfados que tengo, esta falta de dominio sobre mí mismo; si yo fuese capaz de este defecto y este otro, de superarlos, pues entonces ya me vería de otra manera, entonces ya podría comenzar a

ser apóstol de Jesús», y te dice el Señor: «Bueno, yo tengo otros planes contigo, sabes. Tú quisieras quitarte primero este defecto y este defecto, yo sabes lo que te digo, que basta mi gracia, sigue con la espina clavada». Y a veces Dios permite que convivan con nosotros determinados defectos que uno quisiera arrancarlos para siempre de su vida, y Dios permite que convivan con nosotros hasta un cuarto de hora después de morir, para que seamos humildes. Porque creo que, si tuviésemos esa sensación de que yo supero todos los defectos, posiblemente nos convertiríamos en soberbios de marca mayor. Dios a veces permite que convivan en nosotros ciertas heridas, para que de esa manera seamos mendigos de la gracia de Dios.

Dice San Juan Crisóstomo: ¿por qué Dios retarda tanto las cosas que le pedimos, si total, a Dios le cuesta lo mismo darlo enseguida? Y responde: porque así, de esa manera, mientras que seguimos pidiendo estamos con él. No vaya a ser que, si nos lo da enseguida, nos marchemos, nos olvidemos de él. Eso está en el catecismo, lo que os he contado, eso está en el catecismo de la Iglesia Católica, está recogida esa frase, en el capítulo de la oración. Luego aquí nos presentamos delante de Dios, y ahora voy a terminar rematando, porque la frase esa famosa del Papa con la que hemos titulado esta charla: «La fidelidad es la debilidad viene acompañada». Él la remató, le dio la siguiente convulsión, dice: «La fidelidad es la debilidad bien acompañada y puesta en diálogo con el Señor». Dijo él: «Pon en diálogo con el Señor tu debilidad, ponla en diálogo», haz oración de ese sentirte débil, maravíllate de que, siendo débil, el Señor te pida ser testigo suyo. Dar un testimonio, dar una charla, como me pasa a mí ahora mismo. ¿Os pensáis que yo estoy dando esta charla porque soy menos débil que alguien o qué? No es así en absoluto, y el Señor sin embargo hace esa maravilla, una maravilla que lleva adelante la Iglesia, con miembros bien frágiles y bien conscientes de su fragilidad, llevamos un tesoro en vasijas de barro. Pues esta es la reflexión, yo le pido a San Agustín, especialmente en esta parroquia de San Agustín, que seamos enamorados, de la gracia de Cristo, y que tengamos plena conciencia en que el Señor siempre nos acompaña y que pondrá junto a nosotros buenos pastores, hermanos nuestros, ejemplos de santidad, esos santos de la puerta de al lado de los que habla el Papa Francisco, que nos acompañen para que el que comenzó en nosotros la obra buena, finalmente la lleve a término. Muchas gracias.